

Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri. El Fehri era el patronímico de la tribu de Fehr, como el Gafegui, el Yeméní, los de las tribus de Gafek ó del Yemen, y así de los demás.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de esta historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narracion.

### CAPITULO XI

Abderrahman II y Mohammed I en Córdoba: Ramiro I y Ordoño I en Oviedo

DE 822 Á 866

Excelentes prendas de Abderrahman II.—Rebelion y sumision extraña de su tío Abdallah.—Condado de Barcelona: Bera: Bernhard.—Segunda derrota del ejército franco en Roncesvalles.—Curioso episodio de la vida de Abderrahman.—Célebres insurrecciones de Mérida y Toledo.—Revneltas en la Marca de Gothia.—Cárlos el Calvo.—Ramiro I de Asturias, *el de la vara de la justicia*.—Supuesta batalla de Clavijo atribuida á este príncipe.—Guerras en la Marca de Gothia.—Terrible persecucion de los cristianos en Córdoba.—Martirios. Causas que movieron esta persecucion.—Muerte de Abderrahman II.—Continúa la persecucion con su hijo Mohammed. San Eulogio: Alvaro: el abad Samson.—Concilios en Córdoba. Apostasias.—Reinado de Ordoño I en Asturias.—Verdadera batalla de Clavijo.—Muza el renegado.—Rebelion famosa del bandido Hafsun.—Muerte de Ordoño I.

«Treinta y un años, tres meses y seis dias, dice con su acostumbrada minuciosidad la crónica arábica, cumplia el hijo de Alhakem el dia mismo que fué enterrado su padre, é investido él de unos poderes que de hecho habia ejercido ya en el imperio. Era, añade, Abderrahman II hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbelto de talle, color trigueño y bien dispuesta barba, que se tenía con alheña. Apellidábase ya *Almudhafar* ó vencedor feliz, por el valor con que habia vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era, prosigue, tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenía además excelente ingenio y admirable erudicion, y hacia elegantes versos. Gustábale la ostentacion y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.» Falta hacia á los árabes un príncipe de tan esclarecidas prendas para consolarse de las locuras de Alhakem (822).

Mas parecia ser estrella de la familia Omniada que ninguno habia de subir al trono sin tener que luchar con algun pretendiente de la misma familia. Por tercera vez se presentó en campaña aspirando á hacer valer sus pretensiones aquel Abdallah á quien dejamos en Africa, dos veces vencido por Alhakem, «y en quien la nieve de las canas, dice la crónica, no habia apagado el fuego de su corazon.» Confiaba ahora en la ayuda de sus tres hijos, Cassim, Esfah y Obeidallah. Pero los hijos, ó menos ambiciosos ó menos confiados en sus fuerzas que el padre, léjos de prestarle ayuda y fomentar sus ilusiones acudieron á persuadirle que se sometiera al legítimo emir, cuando este, despues de algunos combates, le tenía cercado en Valencia. La manera como se decidió Abdallah á hacer su sumision retrata al vivo lo que era un verdadero creyente, un musulman fanático de aquellos tiempos.

Tenia preparada una salida con toda su gente. Era un juéves, víspera del día festivo de los musulmanes. «Compañeros, les dijo, mañana, si Dios quiere (1), haremos nuestra oracion de jhuma, y con la bendicion de Allah partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad.» El viérnes, con-

(1) La fórmula *si Dios quiere* que usa todavia en España comunmente el pueblo, estaba expresamente prescrita para los mahometanos en el Koran. Dicese que tuvo el siguiente origen. Habiendo rogado algunos cristianos á Mahoma que les contase la historia de los siete durmientes, les respondió: «Mañana os la contaré, olvidándose de añadir: «Si así lo quiere Dios.» Reprendiéronle el olvido, y de sus resultas dicen que le fué revelado por Dios este verso que se añadió al Koran: «Nunca digas: mañana yo haré tal cosa, sin añadir: *si Dios quiere*.» Los turcos siguen observando escrupulosamente esta máxima, y jamás ofrecen hacer cosa alguna, sin añadir: «Si Dios quiere.» *En seha Allah*.

gregadas sus tropas delante de la mezquita de Bad Tadmír ó puerta de Murcia, dirigióles otra vez breve arenga, y alzando despues los ojos y las manos al cielo: «Dios mio! exclamó, si tengo razon y es justa mi demanda, si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame la victoria; mas si su derecho es mas fundado que el de su tío, bendícele, Señor, y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros: apoya su poder y estado y ayúdale.»—«Así sea,» contestaron á una voz el ejército y mucha parte del pueblo que se hallaba presente. En aquel momento, añade la crónica, sopló un viento frio y helado, extraño en aquel clima y estacion, que ocasionó á Abdallah un accidente repentino y le dejó sin habla, de modo que fué necesario concluir la oracion sin él. A los pocos dias desató Dios su lengua, y dijo Abdallah: «Dios ha declarado su voluntad, y no permita el Señor que yo intente cosa alguna contra ella.»

Al dia siguiente un venerable anciano musulman se apeaba á la entrada de la tienda de Abderrahman: un jóven llevaba asida la brida y otro sostenia el estribo de su lujoso palafren. Eran Abdallah y sus hijos, que iban á hacer su sumision al emir instituido por Dios para gobierno del pueblo musulman. Abderrahman los recibió con los brazos abiertos, y generoso como su abuelo Hixem, concedió á Abdallah el gobierno y señorío de Tadmír, donde murió dos años despues.

Desembarazado Abderrahman de esta guerra, iba á licenciar sus tropas, cuando recibió noticia de una irrupcion que los condes de la Marca de España habian hecho en tierras musulmanas de este lado del Segre. Retuvo, pues, las licencias á sus soldados, y marchó precipitadamente sobre la Gothia llevando de vanguardia al caudillo Abdelkerim. Cerca de veinte años hacia (desde 801) que gobernaba la ciudad y condado de Barcelona el godo Bera, cuando fué acusado de traicion por otro godo llamado Sunila ante el emperador franco Luis, el cual le hizo comparecer en Aquisgran. Negó Bera los cargos de infidelidad que se le hacian, y apeló á un *juicio de Dios*, pidiendo que, pues el acusado y el acusador ambos eran godos, se tuviese el duelo al uso de su nacion, es decir, á caballo, al revés de los francos que en casos tales combatian á pié. Verificóse el combate, y vencido Bera, fué con arreglo á la ley de aquel tiempo declarado culpable y condenado á muerte; pero Luis conmutó esta pena en la de destierro á Ruan. Con tal motivo, el emperador nombró conde de Barcelona en reemplazo de Bera á Bernhard, hijo del conde Guillermo de Tolosa, que era el que gobernaba ya á Barcelona cuando se aproximó Abderrahman. Cuentan las historias arábicas que aquella importante ciudad cayó esta vez en poder del emir, así como Urgel y otras poblaciones de la Marca, obligando á los cristianos á refugiarse á las fortalezas de los riscos y á las angosturas de los montes, despues de lo cual, dejando á los francos llenos de pavor, regresó á Córdoba. Dádase, no obstante, que llegaran los árabes á posesionarse esta vez de Barcelona. Las crónicas cristianas no lo confirman, y la poca certeza que puede adquirirse de acontecimientos tan importantes como este prueba lo mucho que dejan que desear las crónicas de aquellos tiempos.

En la primavera del año siguiente vióse llegar á Córdoba unos personajes griegos, llevando consigo muchos y hermosos caballos con preciosos y elegantes jaeces, cuales nunca en España se habian visto. Eran enviados del emperador bizantino Miguel el Tartamudo, que venian á ofrecer á Abderrahman aquel obsequio á nombre de su señor, y á solicitar su alianza contra el enemigo comun de las dinastías de Bizancio y de Córdoba, Almamun, califa de Bagdad. Abderrahman los hospedó en su alcázar, y despues de haberlos agasajado, los despidió «con muy buena respuesta,» enviando en su compañía á Yahia ben Hakem, el Gazalí, marino de gran mérito, tambien con caballos andaluces y espadas toledanas para el emperador.

Otra embajada, menos espléndida pero no menos interesante, recibió poco despues Abderrahman. Los vasco-navarros que miraban, como hemos dicho, con mas antipatia á sus vecinos de raza germana, aunque cristianos, que á los mismos musulmanes, amenazados de otra invasion franca por los

puertos de Roncesvalles y Roncal, iban á demandar auxilio á los árabes contra los enemigos traspirenaicos. De buena voluntad admitió Abderrahman la peticion, como admitia la alianza de aquellos montañeses. El temor de estos no era infundado. Al fin del año 823, los condes Eblo y Aznar, lugartenientes del rey de Aquitania, habian tenido orden de franquear los Pirineos en direccion de la Vasconia. Sin obstáculo atravesaron aquellos valles, y sin dificultad llegaron tambien á Pamplona. Cumplido su objeto (que el historiador no declara), los condes y su ejército emprendieron su regreso á Aquitania por el mismo camino. Aquellos valles parecia estar destinados para cementerio de guerreros francos. Reprodújose la tragedia de Cárlo-Magno al cabo de cerca de medio siglo, y las cóncavas montañas de Roncesvalles volvieron á resonar con los alaridos de los francos moribundos. Oigamos cómo lo refieren unos y otros autores.

«Los nuestros (dice el Astrónomo, en la Vida de Ludovico Pio) experimentaron de nuevo la perfidia acostumbrada del lugar, la astucia y el fraude innato de sus habitantes. Circuitos de todos lados por los naturales del país, las tropas fueron deshechas, y los mismos condes cayeron en manos de los enemigos.» «Los walíes de la frontera (dicen las historias arábicas) tuvieron este año sangrientas batallas con los cristianos de los montes de Afrane, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortah.... y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba.» «A su retirada (dicen las historias de Navarra) acometieron los navarros á los franceses segun su costumbre, y derrotaron todo el ejército, quedando la mayor parte con bagajes y banderas en el campo de batalla. Los condes fueron hechos prisioneros. Aznar, que era vascon, y tenia parientes y amigos entre los navarros, recobró la libertad, bajo juramento de no hacer la guerra contra Navarra; pero Eblo fué enviado con título de regalo á Abderrahman rey de Córdoba, cuya amistad y alianza necesitaban y solicitaban los navarros contra los franceses.»

Sufrieron, pues, los franco-aquitianos otra segunda derrota en Roncesvalles, que si acaso menos sangrienta que la primera, sirvióles de tan dura leccion y escarmiento que no volvieron mas á visitar aquellos funestos lugares. Del cotejo de las historias de las tres naciones infiérese que alguna parte del triunfo debió tocar á los sarracenos como auxiliares, si bien la gloria principal fué de los vascones, y así lo confiesa el mismo Astrónomo biógrafo, que ciertamente en esto no podrá ser tachado de parcial (824).

Como un agradable alivio á la fatigosa narracion de tantas guerras se presenta aquí un corto episodio del reinado del segundo Abderrahman, que aprovechamos con gusto, porque al propio tiempo que nos informa de las ocupaciones pacíficas de los príncipes musulmanes, nos proporciona ir conociendo por los hechos el carácter galante y caballeresco de nuestros dominadores de Oriente. Oigamos á uno de sus historiadores. «En este tiempo, dice, mandó Abderrahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces de los montes con encañados de plomo, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerías. Edificó alcázares en las ciudades principales de España, reparó los caminos y construyó las ruzafas á orillas del río de Córdoba: dotó las *madrisas* ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que robaba á los negocios graves del Estado, se entretenia con los sabios y buenos ingenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre Abdalá Aben Xamri y Yahia ben Hakem, el Gazalí, y como este sabio habia estado entre los cristianos de Afrane, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hagib al walí de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al *seahrang* ó ajedrez, que era uno de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderrahman á este juego con grandes apuestas de joyas muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus es-

clavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables.

»Cuentan Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y agraciada, un collar de oro, perlas y piedras preciosas, de valor de mil dinares, y como algunos vazires de su confianza que estaban presentes encariesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real y podian servir en un apuro ó vicisitud de fortuna, Abderrahman les dijo: «Me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas pedruzuelas y á la figura y lindeza de sus perlas: ¿pero qué tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado? Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebatada y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oidos, no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo les dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha.»

Refiriendo despues el rey á su poeta Abdalá ben Xamri la contienda que sobre el collar habia tenido con los vazires, uno y otro dedicaron á la linda esclava versos igualmente conceptuosos. «Gualiah, dijo el rey al poeta (continúa el historiador), que tus versos son mas ingeniosos que los míos,» y mandó darle una *bidra* ó bolsa de diez mil adhares que repartió entre sus amigos presentes.

¿Pero de dónde sacaba Abderrahman para tantas larguezas, para tantos dispendios y tan locas prodigalidades? De donde comunmente lo sacan los príncipes, del pueblo. El que mucho daba, mucho tenia que pedir. Los impuestos se habian aumentado, el *azaque* ó diezmo, limitado al principio á los frutos de la tierra y de los ganados, se habia extendido á infinitos otros artículos. El pueblo murmuraba: cristianos, musulmanes y judíos, á todos desazonaba igualmente que á su costa estuviera el emir ganando fama de espléndido y dadivoso: el descontento era general: y en Mérida principalmente, ciudad populosa y considerable, se notaban muchas disposiciones á la revolucion. No se ocultaba este estado de los ánimos al emperador Luis el Benigno, y calculando en su política la utilidad que podría sacar de esta situacion de los ánimos, y poco escrupuloso en los medios, arrojó una tea incendiaria en el corazon de la España árabe, escribiendo á los meridianos y excitándolos á revolucionarse contra su emir (1).

(1) Hé aquí las frases mas notables de este extraño documento imperial:

«En el nombre del Señor Dios y de nuestro Salvador Jesucristo: Luis, por ordenacion de la divina Providencia emperador augusto, á todos los primados, y á todo el pueblo de Mérida, salud en el Señor.—Hemos sido informados de vuestra tribulacion y de las vejaciones que sufrís de parte de vuestro rey Abderrahman, cuya avaricia os trae oprimidos. Lo mismo hacia su padre Abolaz (Alhakem), el cual os sobrecargaba de impuestos que no debiais pagar, convirtiendo así á los amigos en enemigos, á los servidores leales en rebeldes.... Pero sabemos que vosotros, como hombres de corazon, habeis rechazado siempre con vigor las injusticias de vuestros inicuos reyes, y resistido valerosamente á su codicia y avidez. Por tanto nos complacemos en dirigiros esta carta para consolaros y exhortaros á perseverar en defender vuestra libertad contra los ataques de vuestro tirano monarca, y á resistir con fortaleza, como hasta aquí habeis sabido hacerlo, á su dureza y crueldad. Y como este mismo rey es tan adversario y enemigo nuestro como vuestro, os proponemos combatir de concierto contra él. Nuestra intencion es en el próximo estío, con la ayuda de Dios Todopoderoso, enviar un ejército á nuestra Marca, y tenerle allí á vuestra disposicion. Si Abderrahman y sus tropas hacen la tentativa de marchar contra vosotros, nuestro ejército lo impedirá atrayéndolos á sí, y nada podrán contra vosotros sus fuerzas. Os aseguramos además, que si quereis separaros de Abderrahman y veniros á nosotros, os volveremos vuestra antigua libertad íntegra y plena y os mantendremos libres de todo tributo. Vosotros mismos elegireis la ley bajo la cual querais vivir, y nosotros no os trataremos sino como amigos y asociados, honrosamente confederados para la defensa de nuestro imperio. Os deseamos salud en nuestro Señor.» Eginhard, in Vit. Ludov.—El español Ferreras en su Sinopsis histórica de España, tom. IV, pág. 170, habla de esta carta como dirigida á los de Zaragoza, no á los de Mérida, y en aquella ciudad supone equivocadamente el alboroto de que hablaremos despues.



Pero mientras Luis suscitaba enemigos interiores á Abderrahman, este por su parte ganaba tambien auxiliares y aliados entre los súbditos del emperador, y una revolucion estallaba en la Marca Española. Un godo llamado Aizon, fugado del palacio del emperador, se puso en la Marca de Gothia á la cabeza de un partido numeroso que deberia tener ya preparado, y se hizo pronto dueño de Ausona (Vich), destruyó á Rosas, y para robustecer mas su partido despachó á un hermano suyo á Córdoba á solicitar socorros de Abderrahman, el cual le facilitó de buen grado un ejército, cuyo mando confió á Obeidallah, el hermano de Esfah y de Cassim. Con esta noticia Vil-Mund, hijo de Bera, el antiguo gobernador de Barcelona desterrado á Ruan, no quiso desaprovechar la coyuntura de vengarse de los enemigos de su padre, y se incorporó á los sublevados de Aizon (826).

Todo esto fué noticiado á Luis en ocasion de hallarse en la dieta de Seltz, del otro lado del Rhin, sin que al pronto tomara otra medida que pedir parecer á su consejo. Pero mientras el consejo daba su dictámen, los rebeldes y los árabes reunidos avanzaban por la Cerdaña, encerraban al conde Bernhard en las plazas fuertes de Barcelona y Gerona, y talaban y destruian campañas y fortalezas, y engrosaban sus filas con los montañeses descontentos de los francos. Al fin un respetable ejército imperial se dirigió á la Marca al mando del jóven hijo del emperador, Pepino rey de Aquitania, y de los condes Hugo y Matfried. Pero este grande ejército no halló ocasion de medir sus armas con las huestes del rebelde Aizon y del árabe Abu Meruan, que reunidas recorrieron los campos de Barcelona y Gerona, y sin que nadie las hostilizara se volvieron á pequeñas marchas á Zaragoza. Afrentosa fué esta campaña para los leudes francos, á quienes la asamblea celebrada el año siguiente en Aquisgran castigó con la privacion de sus empleos. «Pequeña pena, añade el historiador francés, para el crimen de no haber peleado en unas circunstancias en que parecia prescribirlo las leyes militares de todos los países y todos los tiempos.»

Hablábase entre tanto de una grande expedicion que Abderrahman preparaba contra la Aquitania, y en otra segunda asamblea de Aquisgran se decidió que marchase un fuerte ejército á los Pirineos bajo la conducta de los hijos del emperador, Lotario y Pepino. Ya los dos príncipes se hallaban en Lyon dispuestos á emprender su marcha, y las tropas de Abderrahman iban á salir para la frontera de Afranc, cuando un impensado incidente vino á llamar la atencion hácia otra parte y á dar otro giro á los negocios (1).

Las imprudentes prodigalidades de Abderrahman tenian, como dijimos, irritado al pueblo musulman: los tributos eran excesivos, el rigor de los recaudadores del diezmo acabó de encender el ya preparado combustible, y la revolucion que amenazaba en Mérida habia estallado. Figuraba á su cabeza Mohammed Abdelgebir, antiguo vazir de Alhakem, destituido por Abderrahman. El pueblo amotinado acometió las casas de los vazires, las saqueó, y degolló algunos de ellos: el walf pudo salvarse huyendo de la ciudad. Mohammed y otros jefes de la sedicion repartieron armas, vestuarios y dinero á la plebe, sin distincion de creencias, y se prepararon á sostener su tumultuario gobierno. Esto fué lo que detuvo la salida de Abderrahman á las fronteras de Aquitania. Con la mayor presteza dispuso que pasasen las tropas de Algarbe y de Toledo, mandadas por el walf Abdelrúf, á sofocar la rebelion. Mérida no estaba para ser tomada fácilmente. Mas de cuarenta mil hombres armados recorrían sus calles. A falta de provisiones para tanta gente, pagábanlo las casas de los mercaderes y los ricos, de cuyos almacenes se apoderaban como de legítimo botín: achaque ordinario en las revueltas populares. En tan crítica situacion los buenos musulimes, dice la crónica, los hombres juiciosos y acomodados, entablaron inteligencias con Abdelrúf, y conviniéronse en entregarle la ciudad. Así sucedió. Dada una noche por los de dentro la señal convenida, abrieron las puertas, y entraron sin dificultad las tropas. Grande fué la sorpresa de los sublevados: todos corrían inciertos;

(1) Eginhard, Vit. Ludov.—Astron., Annon.—Annal. Fuld.—Conde, part. II, cap. 39.

muchos dejaban las armas aturridos; la caballería del emir recorria las calles persiguiendo la chusma: como unos setecientos del pueblo fueron acuchillados; los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y entre el tropel de los fugitivos; muchos huyeron á los campos y Mohammed se refugió á Galicia. Sosegó Abdelrúf los ánimos de los vecinos pacíficos, avisó al emir del allanamiento de la ciudad, y á los pocos dias un indulto general de Abderrahman acabó de disipar el temor del castigo que á muchos inquietaba (828).

No bien sosegado el alboroto de Mérida, otro no menos importante y grave estalló en Toledo. Movióle Hixem el Atiki, rico jóven de la ciudad, por solo el deseo de vengarse del vazir Aben Mafot ben Ibrahim. Habia Hixem derramado mucho dinero entre la gente pobre, y ganado los berberiscos de la guardia del alcázar. Con esto penetraron en él los tumultuosos, apoderáronse de los ministros, arrastráronlos por las calles, y toda la ciudad (dice un escritor árabe, gran reprobador de estas revueltas) se alegró de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion. Fortuna del walf fué hallarse en aquella sazón en el campo: avisado de la insurreccion se retiró á Calat-Rahba (Calatrava) y comunicó la novedad al emir. Inmediatamente salió su hijo Omeya con parte de la caballería de su guardia y orden de reunirse al walf para castigar los rebeldes de Toledo. Pero Hixem con gran actividad repartió armas, distribuyó banderas, y viéndose al frente de una muchedumbre resuelta y armada, se atrevió á salir con la gente mas osada y escogida á buscar las huestes del emir. Algunos ventajosos encuentros con las tropas de Omeya y de Aben Mafot, dieron gran confianza y orgullo al jóven Hixem. Fué ya preciso que Abdelrúf pasara desde Mérida con todas las fuerzas disponibles.

Aun así trascurrieron tres años sin que los tres generales de Abderrahman lograran ventaja de consideracion sobre los rebeldes de Toledo: hasta que en 832 pudo Omeya hacerlos caer en una celada, orillas del Alberche, causándoles gran matanza y obligando á los que quedaron con vida á refugiarse en la ciudad. Todavía al abrigo de sus fortificaciones hallaron recursos para persistir en la rebelion y no se rindió todavía Toledo.

En tal estado reprodujose otra vez la revolucion de Mérida. Ausente Abdelrúf y poco guarnecida la ciudad, introdujose en ella el mismo Mohammed, jefe del anterior motin, con todos los bandidos y malhechores que habia estado capitaneando en tierras de Alisbona (Lisboa). Saqueó de nuevo los almacenes, armó y vistió la gente menuda, y se repitieron los excesos pasados. Esta vez acudió el mismo Abderrahman con toda la caballería de su guardia. Hecho alarde de sus huestes en Ain Coboxi (la fuente de los carneros), contáronse cuarenta mil hombres y ciento veinte banderas. Circuida Mérida de antiguos muros romanos, habia sido flanqueada de torres despues de la conquista. Hizo Abderrahman minar algunas de ellas: anchas brechas le facilitaban poder entrar en la plaza; pero queriendo evitar la efusion de sangre y dar á conocer sus humanitarias disposiciones á los meridianos, hizo arrojar dentro de la ciudad flechas con papeles escritos, en que ofrecia general perdon á los que se entregasen, exceptuando solo á los jefes de la sublevacion, que señalaba con sus nombres. Algunos de estos billetes fueron á parar á manos de los exceptuados. Pero era imposible ya toda defensa, y Mohammed y sus cómplices huyeron, entregándose la ciudad á merced y discrecion del emir.

Magnánima y generosamente se condujo Abderrahman. Disculpándosele los principales meridianos de no haber podido prender á los caudillos rebeldes, cuentan que les dijo: «Doy gracias á Dios de que en este dia de complacencia me haya librado del disgusto de hacerlos degollar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para estorbar que perturben la tranquilidad de mis pueblos.» Dignos y nobles sentimientos, que representan á Abderrahman II como heredero de las virtudes de su abuelo, y como el reverso de la barbarie y crueldad de su padre. En los pocos dias que permaneció en Mérida hizo reparar las fortificaciones destruidas, empleando en estas obras á los pobres de la ciudad.

Continuaba entre tanto el sitio de Toledo. Al fin, despues de seis años de una resistencia porfiada, estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad, y acosados del hambre, tuvieron que rendirse. Hixem cayó herido en manos de Abdelrúf, que le hizo cortar instantáneamente la cabeza, y colgarla de un garfio sobre la puerta de Bah-Sagra (1). El generoso Abderrahman mandó publicar luego un indulto general para todos los ciudadanos. Nombró á Aben Mafot vazir de su consejo de Estado, y á Abdelrúf walf de la ciudad. Dedicóse este á reparar los maltratados muros, estableció una buena policía en la ciudad, y separó los cuarteles por medio de puertas para mayor seguridad de los vecinos (838). Así terminaron las dos famosas rebeliones de Mérida y de Toledo (2).

Pudo ya Abderrahman atender á la Marca Gótica, cuya situacion no podia ser mas propicia para el progreso de las armas agarenas. Intrigas y discordias domésticas traian agitado el imperio franco-germano, y Bernhard, el conde de Barcelona, mezclado en ellas de lleno, habia corrido diferentes vicisitudes. Sus intimidades con la segunda mujer del emperador Luis, llamada Judith, fueron causa de que el pueblo atribuyera á ellas el nacimiento de un hijo (en 823), el que despues habia de ser emperador y rey bajo el nombre de Cárlos el Calvo. A pesar de estos rumores, constituido Luis en padrino y protector decidido de Bernhard, le llamó en 829 á su palacio, y le nombró su camarero, conservándole el gobierno de Gothia que comprendia la Septimania y condado de Barcelona. Mal recibido el conde por los otros hijos del emperador, huyó en 830 del palacio imperial por sustraerse á su encono. Quedó por único asilo la ciudad de Barcelona. Nuevas acusaciones le obligaron á comparecer en 832 ante la corte del imperio, y aunque se juramentó en descargo, fué destituido del condado de Barcelona, que se confirió á Berenguer, hijo del conde Hunrico. Mas habiendo muerto este en 836, Bernhard, quien habia recobrado gran ascendiente y favor en la corte de Luis, fué segunda vez nombrado conde de Barcelona y de la Septimania, con mas ámplios poderes que antes.

Hallábanse así las cosas en 838, cuando el diestro Abderrahman, desembarazado de revueltas intestinas y alentado con las que trabajaban los dominios francos, ordenó al walf de Zaragoza que allegando las banderas de la España Oriental corriesse las tierras de la Marca. Enfermo y casi moribundo el emperador Luis, disputándose sus hijos la herencia del imperio como una presa, bullendo en la misma Gothia las facciones y los partidos, pudieron Obeidallah, Abdelkerim y Muza hacer por espacio de dos años devastadoras incursiones por aquellas tierras con grande espanto de los cristianos de la Gothia. No se limitaron á esto las atrevidas hostilidades de los sarracenos. Vióse salir de Tarragona una expedicion marítima, que unida á otras naves sarracenas de Yebisar y Mayoricas (Ibiza y Mallorca), se dirigió á las costas de la Provenza, y llegó á saquear la comarca y arrabales de Marsella, retirándose con no escasas riquezas y gran número de cautivos.

Al paso que el imperio de Cárlo-Magno se debilitaba, crecia en importancia el hispano-sarraceno. Otra vez vinieron á Córdoba legados de Constantinopla enviados por el emperador Teófilo, á solicitar los auxilios de Abderrahman contra el califa abassida de Oriente Almoatesim. Recibiólos el emir honoríficamente y los despidió con regalos, ofreciendo al emperador

(1) «Ahora se llama Bisagra, dice Conde, depravada la voz arábiga Bah, puerta, y la latina Sacra, que fué su nombre antiguo.» Hay dos puertas en Toledo con el nombre de Visagra, la una antigua, tapiada ya, y la otra nueva, que es la principal de la ciudad, así por su construccion, como por ser la que da salida al camino de Madrid. Algunos quieren derivar el nombre de Visagra del Via sacra de los romanos, pero construida la puerta nueva por los árabes no es de creer que estos adoptaran un nombre latino. Acaso ellos la nombraran Bah-Sakra, Puerta del Campo, y los cristianos corrompieran despues la pronunciacion.

(2) Conde, del cap. 41 al 44, part. II.—Aquel Mohammed Abdelgebir, cabeza y jefe de los dos motines de Mérida, es el mismo de quien dijimos en el cap. XI haberse acogido á la benignidad de Alfonso de Asturias, el Casto, el mismo á quien este monarca dió tierras cerca de Lugo, el que despues le correspondió con tanta ingratitude y perfidia.—Los meridianos no vieron resultado alguno de la famosa carta del emperador franco: los auxilios, ni los dió, ni estaba muy en disposicion de darlos.

que le ayudaria tan pronto como las guerras que entonces le ocupaban se lo permitiesen. Falleció en esto en Alemania el emperador Luis el Benigno (840), y á su muerte sufrió el imperio franco-germano una nueva recomposicion, que habia de envolverle en mayores turbulencias y habia de influir grandemente en los sucesos futuros de España (3). Por el contrario el pequeño reino de Asturias habíase ido afirmando y engrandeciendo bajo la robusta mano del segundo Alfonso, cuyos postreros hechos dejamos en otro lugar referidos.

Muerto sin sucesion en 842 Alfonso el Casto, el sobrio, el pio, el immaculado, como le nombra el cronista de Salamanca, los grandes prelados del reino, de acuerdo en esto con los deseos del último monarca, nombraron para sucederle á Ramiro, hijo de Bermudo el Diácono. Mas como se hallase á la sazón en Bardulia (Castilla), donde habia ido á tomar por esposa la hija de un noble castellano, aprovechóse en su ausencia un conde palatino llamado Nepociano, pariente de Alfonso, para hacerse aclamar rey de Oviedo por sus parciales. Informado de ello Ramiro, encaminóse derechamente á Galicia, donde sin duda contaba con mas partidarios que en Asturias, y reuniendo en Lugo una numerosa hueste partió resueltamente en busca de su rival, á quien miraba como un usurpador. Encontráronse los dos competidores cerca del rio Narcea. Batido Nepociano y abandonado de los suyos huyó hácia Pravia y Cornellana, pero alcanzado por dos condes de la parcialidad de Ramiro, fué entregado á este, el cual le hizo sacar los ojos y le condenó á reclusion perpetua en un monasterio. Así subió al trono de Asturias el hijo de Bermudo el Diácono (4).

Conócese que el pequeño reino asturiano comenzaba tambien á ser codiciado y combatido de pretendientes como el imperio árabe. Otros dos nobles, Aldroito, conde del palacio como Nepociano, y Piniolo, uno de los próceres de Asturias, conspiraron mas adelante uno tras otro contra el monarca legítimo. Ambos fueron desgraciados en sus tentativas, y Aldroito sufrió la horrible pena de ceguera, prescrita en las resucitadas leyes godas, y Piniolo fué condenado á muerte con sus siete hijos; severidad terrible la del nuevo monarca! Bien que Ramiro era inexorable y duro en el castigo de toda clase de delitos. A los ladrones hacía tambien sacar los ojos, con lo que purgó de salteadores sus Estados, y á los agoreros y magos los hacia quemar vivos; espantosa crudeza la de aquellos tiempos! Este rigor hizo que los cronistas de aquella edad le llamaran *el de la vara de la justicia*.

Una tentativa de invasion de gente extranea, desconocida hasta entonces en nuestra Península, vino á poner á prueba la actividad y el valor bélico de Ramiro. Los normandos (*North-men*, hombres del Norte), esos piratas emprendedores y audaces, especie de retaguardia de los bárbaros del Septentrion, que desde el fondo del Jutland y del mar Báltico, desde Dinamarca y Noruega habian salido á fines del siglo VIII, como á reclamar para sí una parte de los despojos del mundo, lanzándose atrevidamente á los mares en frágiles barcos sin mas equipaje que sus armas, para arrojar sobre las costas occidentales de Europa, saquearlas y volver á engolfarse cargados de botin en las olas del Océano; esos aventureros

(3) Algun tiempo antes de morir habia hecho Luis el Benigno dos partes iguales de sus Estados, dejando á su hijo mayor Lotario la parte que quisiera elegir para sí. Lotario tomó la primera, que comprendia la Francia Oriental, el reino de Italia, algunos condados de Borgoña, el reino de Austrasia y la Germania, á excepcion de la Baviera, que dejaba á Luis su tercer hijo. La segunda abarcaba el reino de Neustria, la Aquitania, siete condados de Borgoña, la Provenza y la Septimania con sus Marcas. Este extenso reino fué dado por la voluntad expresa del emperador á Cárlos el Calvo, el mismo que hemos dicho pasaba en el concepto público por hijo adulterino de la emperatriz Judith y del conde Bernhard, pero tiernamente amado, no obstante esto, por Luis. El Languedoc y una parte de Cataluña subsistian bajo el dominio del jóven Cárlos. Los hijos de Pepino, rey de Aquitania, quedaban excluidos de la sucesion de los Estados de su padre en esta nueva particion del grande imperio de Cárlo-Magno, lo cual fué adelante un manantial de turbulencias y discordias en la Galicia meridional y países contiguos.

(4) Solo el monje de Albelda da lugar á Nepociano en el catálogo de los reyes de Asturias. Nadie le ha seguido, como tampoco á Pellicer y Mondéjar, en las genealogías que tejen de los dos Bermudos que suponen.